

CAPÍTULO 2

Aquella noche en que Damerlis rechazó mi invitación para salir a cenar, ante la tristeza de no verla, quise percibirla a mi lado y entonces, imaginé estar con Damerlis, visualicé todos sus movimientos, sus palabras, su sonrisa. Después, al acostarme, pensé en ella, en mi adorada criatura, y me pregunté: ¿cómo sería la vida con Damerlis? Y luego, ¿cómo sería el mundo, si Damerlis fuera mi compañera?

Y así Damatania se fue forjando poco a poco dentro de mí. Muchos sueños la alimentaron, pero sobre todo, la esperanza de ser amado por Damerlis.

Con su figura esbelta, su piel pulcra, su melena negra y su sonrisa candorosa e ingenua, emanando de sus labios azucarados con aroma a mandarina, si los pudiera besar, seguramente sería posible saborearla, imaginaba.

Damerlis le infundió a Damatania esa magia especial, esa magia que hubiese cautivado a quien la hubiera visitado. Damatania era realmente el pueblo de mis sueños, la tierra donde nada era imposible, ni siquiera mis más fervientes anhelos. Creo que todos deberíamos tener una Damatania, ese lugar donde podemos ir cuando las cosas no marchan bien, cuando sentimos tristeza y soledad. Qué bueno sería si esa Damatania creciera, si creciera mucho y nos envolviera a todos.

Damatania es Damerlis, es nuestro amor creciendo sobre suaves nubes multicolores. Es el lugar donde mis sueños crecen, donde el amor preña la tierra de ilusiones.

A veces me quedaba en mi cama, en silencio, concentrado... y poco a poco me parecía estar sentado en el balcón de una casa que en Damatania era la nuestra, con la vista perdida hacia la bahía, observando los veleros como figuras diminutas, apenas legibles en lontananza. En el centro destacaban los islotes con casas veraniegas, rodeadas de matorrales multicolores y de tallos altos de granadas, también había palmeras larguiruchas inclinadas sobre la rivera acariciando las aguas azules. Al fondo, mucho más allá, recortadas contra el cielo, las crestas de las colinas se tornaban azules, casi moradas.

Entonces siempre aparecía, entre las enramadas púrpuras, a la entrada de la casa, la figura excelsa de Damerlis. Su vestido y sombrero blanco resaltaban sobre el fondo multicolor. En una mano Damerlis Pastora, nuestra hembra, a quien llamábamos la Morocho y en la otra José Rafaelito, el varón. Los niños corrían y subían las escaleras, compitiendo para llegar primero al balcón, donde se abalanzaban a mis brazos. Eran muy cariñosos, aunque la Morocho era más apegada a mí y Rafaelito a su mamá.

Una vez, en uno de esos momentos, después de abrazarnos y besarnos, Damerlis se sentó sobre mis piernas, y conversamos un rato.

–Voy a preparar la cena –dijo de repente poniéndose de pie– y a ver a mi mamá... –agregó, calló un segundo y ante mi mirada completó–, ha estado con mucha gripe.

Damerlis siempre fue así. Creo que una de las cosas que me atrajo de ella fue la atención y los cuidados especiales que le brindaba a la señora Leonor, eso me impulsaba a amarla más y empeñarme en conquistarla, aunque no era fácil, ni siquiera en Damatania.

La bahía era el centro del pueblo. En ella habían brotado

islotos y cayos con casas extensas. Sus aguas cambiaban de tonalidad con frecuencia y en ellas se formaban espejismos y cualquiera creería ver que flotaban dulces de lechosa, de higo, de leche, de papelón, buñuelos. De los ríos parecían llegar corrientes de caramelo, de chocolate y de leche dulce. Decían los lugareños, que era el mundo de los duendes de las aguas.

El puerto estaba al final del golfo. Allí se reunían los pescadores para salir en las madrugadas hacia alta mar y regresar con pescado fresco que vendían cuando despuntaba la mañana.

En una de las calles que se empinaban hacia las estribaciones de las montañas, estaba el mercado con ofertas de frutas, hortalizas, quesos, empanadas y casi cualquier cosa. Las casas eran de bahareque, bien cuidadas, con frisos, tejas rojas y pisos de baldosas, cemento pulido o ladrillo rústico, con amplios corredores adornados con helechos que pendían de los aleros o con trinitarias policromas. También los árboles frutales nacían silvestres: inmensos aguacates, mamones, mangos, manzanas, duraznos.

El Monasterio Divina Pastora descansaba sobre una meseta. A la entrada se erguía la reja, con barrotes gruesos y agrestes, tupidos de trinitarias púrpuras. Había una iglesia con formidables pilares, dos campanarios, muchos santos en las naves, hermosos móviles con distintas formas que pendían del techo y enormes ventanas y vitrales por donde entraba la brisa que soplaba desde el fondeadero y que pasaba tropezando con los móviles que al danzar emitían sus cantos cristalinos. El jardín se extendía por todo el terreno. Quince monjas lo habían formado con celo y perseverancia. Era llamativa la perfección con que se ordenaban las plantas: hileras de rosas, violetas y claveles

serpenteaban las caminerías y las trinitarias púrpuras se enredaban en los techos de los caneyes y en los pilares macizos. Hacia el final, al margen del precipicio que daba a la laguna Fontaverde, descansaba un mirador adornado por balaustres, con figuras celestiales y un pasillo formado por pilares, cubierto por un techo tejido con parrales de grandes uvas violetas y verdes. Allí, después de oficiar la misa para las internas, se sentaba el Padre Diego, a quien todos llamábamos simplemente Diego. Era un negro di-charachero que ni siquiera en sus misas se quedaba serio. Además, siempre presentaba a un Jesús tan humano, que casi parecía un ser más de Damatania, un Dios capaz de reír, de jugar descalzo, de bailar y de enamorarse.

El Padre Diego con frecuencia leía trozos de la Biblia, novelas o vidas de santos. Otras veces caminaba con las manos enlazadas detrás de la espalda, mientras en voz imperceptible rezaba un rosario a la Divina Pastora. O sencillamente se posaba mirando hacia el horizonte para contemplar los caballos alados sobrevolando la bahía, haciendo círculos y desafiando los ventarrones marinos.

En Damatania, algunas veces, en la tranquilidad de la madrugada, era posible sorprender unicornios que se asomaban con timidez y desaparecían rápidamente, al divisar a las personas. Habían aparecido en el pueblo en estampida desde más allá de las montañas moradas, pocos meses antes del nacimiento de Damerlis. Llegaron y merodeaban por los alrededores de la Posada Mamita, donde la mamá de Damerlis esperaba dar a luz. Supongo que los unicornios se sentían atraídos por la presencia de Damerlis, tan pura, todavía en el vientre de su madre.

Se decía que consumir los cuernos de los unicornios en polvo con las comidas y bebidas brindaba protección

contra todos los venenos y enfermedades; sobre todo si se hacía en una copa hecha con los mismos cuernos.

Desde esos días antes del nacimiento de Damerlis, en Damatania llegaban cazadores buscando a los unicornios. A veces contrataban vírgenes, para que con su pureza, atrajeran a los animales, pero ellas jamás fueron tan puras como Damerlis. Los cazadores se perdían por las nubes rosadas, sin dar alcance a los unicornios, que ignoraban a las vírgenes y por lo general se quedaban a un lado de la posada, o por los jardines del Monasterio Divina Pastora.

En toda Damatania resaltaban los colores vivos y diversos de la vegetación. Así, una grama verde manzana crecía montaraz y de ella brotaban matorrales rojos, anaranjados, amarillos, azules y de cualquier color que se le antojara a la naturaleza. Las flores estaban ahí para que uno las acariciara, para verlas, aspirar su perfume, hacer obsequios a las damas preciosas como Damerlis y conversar con ellas, pues ayudaban a los enamorados. Por eso, no había regalo máspreciado por una pretendida, que un lindo ramo de flores rojas.

Era lógico que con tal riqueza de colores, la cromoterapia tuviera tanto auge y tanto adelanto en Damatania, sobre todo a partir de la llegada de Dalila, quien al ver la diversidad de colores y flores, decidió quedarse en el pueblo y practicar la cromoterapia y la lectura de las flores.

– ¿De dónde viene usted? –le preguntaron al verla llegar con una marusa pequeña al hombro y unos baúles llenos de botellas de colores, prismas, pinceles, pinturas y muchos dibujos.

– Vengo de muy lejos, de más allá de los sueños imposibles –dijo pensativa.

Dalila era artista plástica y pintaba paisajes de las bellezas

de Damatania, pero prefería captar los rostros humanos, sus dolores y deseos. Su pasión por los desnudos, le dieron fama de perversa, corriendo rumores de que después de usar hombres y mujeres como modelos, hacía el amor con ellos. Otros contaban haberla visto bajar por las calles del pueblo, desnuda en una bicicleta y con una botella de vino en una mano. Además, bailaba en la Posada Mamita, coqueteando con los mozos del pueblo.

Con frecuencia se la veía con un catalejo observando las nubes multicolores de Damatania y tomando notas, para luego informar sobre el porvenir del pueblo.

Para hacer cromoterapia, Dalila contaba con una habitación completamente blanca, lo que permitía proyectar luces de distintos colores en la estancia, ella bañaba a sus pacientes completamente en la luz del color seleccionado según la necesidad. A veces también utilizaba el color en una zona concreta del cuerpo, la que estuviera afectada. Después de dos semanas de tratamiento, las personas decían sentirse mejor.

En su casa, Dalila tenía dos cúpulas: una donde colocaba vidrios de distintos colores, según el que quisiera irradiar sobre la habitación y la otra que había diseñado de forma tal que la luz se descomponía en los siete colores del espectro, ambas le eran muy útiles para atender a sus pacientes.

En las estribaciones de las montañas, estaban las entradas a los túneles que eran las viviendas de los elendarios, quienes descendían de los antiguos mineros de Elendaria y habían llegado a Damatania desde lugares muy lejanos. Como los gatos, tenían enormes ojos, que refulgían en la noche y a decir de todos les permitían ver en la oscuridad con mayor precisión que en la claridad.

También tenían cuerpos esbeltos, con piernas especialmente largas. La agilidad y flexibilidad en ellos era natural, por lo cual, los que no vivían en túneles, construían sus casitas de madera en las ramas de los árboles, aunque a la mayoría les gustaba echarse a dormir directamente sobre las ramas, sin construir ninguna vivienda. Además, poseían una elasticidad que les permitía moverse entre los ramales en los bosques o a través de los túneles, por muy angostos que fueran.

Tenían una habilidad natural para la música y las danzas. Eran excelentes interpretando cualquier instrumento y como eran tan flexibles y ágiles, podían bailar haciendo movimientos y cabriolas en el aire, sin perder en ningún momento la compostura ni el ritmo.

Eran muy aseados, todos llevaban siempre en sus marusas una pastilla de jabón, cepillo dental y un frasco de colonia. Lo malo de los elendarios es que eran muy renuentes para trabajar, sobre todo de día, ya que la luz los encandilaba, por lo que preferían encerrarse en sus cuevas y salir a trabajar por la noche.

– Las plantas sufren menos, si se podan durante la noche –aseguraban los que trabajaban como jardineros.

Las damas elendarias se dedicaban sobre todo a la fabricación de pan dulce, pan de horno, acemita, arepas dulces y tortas, mientras los varones eran excelentes jardineros, agricultores, carpinteros y herreros, pero sobre todo ejercían sus oficios como músicos de serenatas, animadores en tabernas y vigilantes. Tanto varones como hembras eran grandes artistas: pintores, escultores, poetas.

Algunos que salían de día, cubrían sus ojos con gafas oscuras y vendían los panes y dulces que hacían sus esposas, o el dulce de cielito, que según aseguraban eran trozos de

nubes del cielo, que bajaban con ayuda de papagayos, y cuyo gusto variaba según el color del atardecer: blanco con sabor a coco, anaranjado a naranja, amarillo a durazno, morado a uva.

Simo Simones era un elendario moreno y de bigote espeso, a quien en los atardeceres se le veía elevando papagayos en la ribera de la bahía, luego recorría el pueblo vendiendo nubes dulces. También hacía trabajos de jardinería en las casas, en el Monasterio Divina Pastora o cualquier otro mandado que le pidieran, a cambio de unos pocos centavos. Eso sí, el tiempo debía estar fresco, ni muy frío ni muy caliente, con brisas de la bahía que lo refrescaran mientras trabajaba, y sin lluvias que lo empaparan. Cuando las personas corrían detrás de él para solicitar sus servicios, se hacía el distraído, o buscaba cualquier excusa para no trabajar. A veces se iba por los bosques aledaños y se escondía.

– Para que no se alborote el trabajo –decía cuando le preguntaban–, después lo llaman a uno de todas partes a trabajar y no queda tiempo para descansar.

La primera vez que salí con Damerlis, fuimos a comer a una fonda cerca de nuestras casas, hacia las afueras de Damatania. Era una casucha pequeña y vieja, con un jardín, donde había una fuente y alrededor de ésta unas mesitas muy ordenadas y limpias con manteles de florecillas. Allí nos sentamos.

– Anoche dormí muy mal –me comentó esa vez con ojos cansados pero una sonrisa en sus labios–. Mi mamá estuvo tosiendo toda la noche –luego moviendo sus manos en el aire, como si acariciara algo haciendo círculos, explicó–: tuve que ponerle mentol en el pecho.